

En busca de la cultura popular

Robert Muchembled

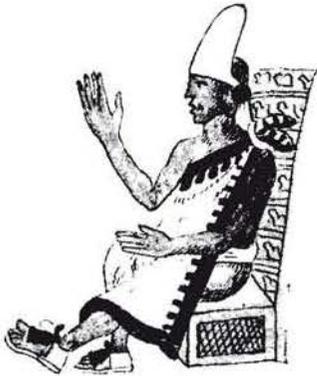
Reseña a Peter Burke: *Popular Culture in Early Modern Europe*, New York University Press, Nueva York, 1978. Tomado de *Journal of Modern History*, vol. 51(3), septiembre de 1979, pp. 548-551. Traducción Isabel Quiñónez.

En los últimos quince años la cultura popular (esto es, la de “las clases subalternas”, según definición de Gramsci) ha sido objeto de estudios numerosos; el libro de Burke es el último de ellos. El mismo lo presenta como “una serie de nueve ensayos enlazados sobre temas especiales” (p. 31), referentes a Europa, de 1500 a 1800, de Noruega a Sicilia y de Irlanda a los Urales.

“En busca de la cultura popular”, su primera parte, subraya la dificultad de alcanzar “esa presa elusiva”. Uno debería hablar más bien de numerosas “subculturas”, como que hubo diferencias amplias entre las culturas de la gente de campo y la de aldeas, o entre aquellas de vagabundos, soldados, marineros y otras personas errantes. De hecho “la cultura popular era percibida como una cultura local” (p. 96), a menudo tinta por un fuerte sentimiento xenófobo. Aún más, la tradición popular y la versada con frecuencia se entreveraban, y un tercer tipo de cultura, que difundieron libritos baratos de venta ambulante, se insertó entre las dos primeras. En consecuencia, para el historiador es imposible “la aproximación directa” (p. 130), pues todos los documentos disponibles (obras de grandes escritores, sermones, hojas volantes y libritos baratos, tradiciones orales como las recogidas en escritos, procesos y confesiones de herejes y brujas, documentos sobre rebeliones) distorsionan la cultura popular y hacen necesario recurrir a una “aproximación oblicua” (p. 129 y ss) que combine el método regresivo (expuerto por Marc Bloch) y comparaciones, incluyendo a sociedades africanas y otras semejantes descritas por antropólogos.

Bajo estas condiciones uno puede esperar descubrir las “Estructuras de la cultura popular” que describe la segunda parte. Transmitida por profesionales y no profesionales, en iglesias y mesones, en mercados y ferias la cultura popular asume muchas formas, que siempre son “combinaciones de formas elementales, permutación de elementos siempre más o menos *ready-made*” (p. 188). El autor inquiere las leyes de esta cultura —siguiendo a Propp y a Lévi-Strauss— y concluye: “la gente recuerda de manera selectiva” (p. 216), en realidad ajusta la novedad a moldes antiguos más que crear algo completamente nuevo. Aunque percibieron la sociedad “en términos de conflicto” (p. 252), las masas “tuvieron que estructurar su mundo conforme a modelos que proveyó el grupo dominante” (p. 251), a sus “Héroes, villanos y bufones”. Al seguir el modelo para el carnaval que combina comida, sexo y violencia, numerosas festividades parecen ser rituales que tienden

La brecha entre cultura popular y cultura versada se ahonda entre 1650 y 1800, cuando los laicos reemplazan en su lucha a la clerecía. La revolución comercial y los progresos en la escolarización crean una "cultura de masas".



a reforzar la cohesión en cada comunidad, a reafirmar los principios de jerarquía y —aunque no evitan por completo revueltas—, a ejercer control social sobre las clases bajas, conforme a la “teoría de la válvula de seguridad” (p. 287).

La última parte examina los “cambios en la cultura popular”. De 1500 a 1650, el propósito de la iglesia es fomentar una “cultura de lo piadoso” (p. 316) luchando contra supersticiones y con una separación estricta entre asuntos sacros y asuntos profanos. La brecha entre cultura popular y cultura versada se ahonda después, entre 1650 y 1800, cuando los laicos reemplazan en su lucha a la clerecía. La revolución comercial y los progresos en la escolarización crean una “cultura de masas”; secularizan al mundo al menguar la importancia de lo sobrenatural; ocasionan un cambio mental hacia lo político en las gentes que leen, o que escuchan la lectura de periódicos o de panfletos. Al final las clases altas se hallan completamente alejadas de la cultura popular: “En 1500 despreciaban al pueblo común pero compartían su cultura. En 1800, sus descendientes habían cesado de participar espontáneamente en la cultura popular” (p. 396).

Este libro utiliza una extraordinaria suma de referencias —proviene, cuando menos de quince idiomas o dialectos—, lo atestigua una bibliografía irreprochable de obras hechas por historiadores, pero además por folkloristas y por antropólogos. El método es ejemplar: precisión, cuidado, sentido crítico y sensibilidad no son las cualidades menores de una obra que al leerse no ha de provocar sino pasión y que abunda en ideas fértiles.

Por supuesto, una síntesis tal incita a una discusión teórica con el autor; pero éste no es el lugar adecuado para extenderse en el desacuerdo sobre algunos puntos menores —por ejemplo: se subestima el papel que jugaron las mujeres (en el siglo XVI, al menos, no se las excluía de las tabernas [p. 94-95]); hay temas populares expuestos en términos tan generales que resultan no suficientemente específicos para Europa (p. 188 y ss); el caso del Languedoc (p. 332 y ss)— o incluso para discutir el desacuerdo con algunos asuntos de más peso, como el fechamiento de los cambios o la separación entre lo sagrado y lo profano, que se delinea con bastante opacidad. Me contentaré con una sola objeción metodológica; concierne al campo de investigación que este libro examina de manera sintética y, sin embargo, parcial. En efecto, una idea central de Burke es que: “el nivel regional no es el único en el que la cultura popular puede ser estudiada” (p. 98; véase también la p. 31). ¿Pero una síntesis a nivel de Europa no tiene el riesgo de ser reduccionista o incluso un poco distorsionante? Los materiales acopiados son diversos; en muchos casos también hay lagunas concernientes a ciertas regiones, así ¿no es posible que esta generalización haga borrosas las diferencias y lleve a la idea de una armonía más bien arbitraria del total? El método de Burke, que puede calificarse como acumulativo (*v.gr.* la reconstrucción del carnaval con documentos originarios de lugares y de tiempos distintos [pp. 262-267]), ¿no da una descripción muy incompleta de la realidad? Esto lo incrementa aún más el hecho de que el autor no usa documento de archivo alguno: dependiente de lo impreso

—interposición múltiple— considera a la cultura popular según el modelo de la élite (literatura, artes plásticas, danza, etc.) y describe, sobre todo, momentos privilegiados dejando de lado conversaciones, ademanes, actitudes de la vida cotidiana del pueblo común. Por mi parte no creo que esa *vision du monde* —en el sentido más amplio de la expresión— ni que la textura misma de la vida sean tan inaccesibles para el historiador como él pretende (pp. 167 y 362). Si uno desea alcanzarlas debe cambiar completamente la perspectiva propia y estudiar con extrema precisión —como a través de un microscopio— una región pequeña,¹ tal vez sólo un pueblo,² y luego usar como instrumento de comparación y de verificación... ¡el libro de Burke! Pues, por ejemplo, los procesos contra brujas son más útiles y elocuentes³ de lo que él pretende (pp. 126-127) y lo mismo sucede con muchos otros documentos manuscritos: por ejemplo, las cartas de *rémission* o perdón que registran las palabras, las preocupaciones, los ademanes mismos de la gente.⁴

De esta forma aparecería la importancia del terror —al que Burke ni siquiera alude— y así, también: la concepción del tiempo y del espacio de las masas; la parte que tuvieron en esta cultura lo sobrenatural, la violencia y la juventud. Uno podría determinar igualmente si —como me inclino a pensar— la idea del mundo al revés fue un arma ideada por “los piadosos” para reformar la cultura popular al hacer que apareciera la subversión social y solicitando al poder temporal que saliera a escena.⁵ En mi opinión este tema fue parte y parcela de la nueva “cultura de masas”, junto con el así llamado tradicionalismo popular (p. 359), que reflejó de suyo la aceptación de los valores dominantes en el siglo XVII, aunque ya no tuvo más el mismo significado que en 1500 o en 1400 (pues si “diferentes textos son el mismo” [p. 198], un solo tema puede tener valores distintos según el tiempo y el lugar). Es evidente que para demostrar esto uno debe estudiar estas nociones en su propio contexto, local y social, particularmente.

Todo considerado, pienso que Burke hizo el mejor uso posible de sus fuentes, pero que éstas no podían entregarle más de lo que valían. Lo erróneo en sus fuentes fue su tendencia a unificar y a fijar la cultura popular; así que la cultura masiva distribuida por libritos baratos contiene más formas antiguas, que tenían otros significados fuera de este rígido contexto. Algo permanece obvio, no obstante, y es que el autor condujo su estudio con virtuosismo y que prácticamente agotó lo provechoso de cierta clase de documentos (por ejemplo, los recopilados por folkloristas). Su libro es indudablemente uno de los mejores que se hayan escrito sobre la cultura popular de la Europa moderna temprana. Será una guía indispensable para especialistas que intenten hacer estudio en la, más modesta, esfera regional. Este libro ha de inspirar muchos trabajos que compartan la inteligencia sintética, pero prudente, del autor.

...pienso que Burke hizo el mejor uso posible de sus fuentes, pero que éstas no podían entregarle más de lo que valían. Lo erróneo en sus fuentes fue su tendencia a unificar y a fijar la cultura popular.



Notas

¹ Robert Muchembled: *Culture populaire et culture des élites dans la*

France moderne (XV-XVIII siècle). Essai, París, 1978, pp. 11, 17-221.

² Martine Desmons: *Un Village du Nord et ses sorciers: Bouvignies en 1679*, tesis de maestría, en proceso, Universidad de Lille III.

³ Robert Muchembled: *La Sorcière au village*, París, 1979.

⁴ Véase, por ejemplo, la media docena de tesis de maestría que tratan sobre cartas de *rémission* halladas en los *Archives du Nord*, realizadas en la Universidad de Lille III (en mecanoscrito).

⁵ Marc Augé: *Pouvoirs de vie, pouvoirs de mort. Introduction à une anthropologie de la répression*, París, 1977, p. 119.

La cultura popular y la represión de la élite en la Europa moderna temprana

William Beik

Reseñas a Peter Burke: *Popular Culture in Early Modern Europe*, New York University Press, Nueva York, 1978, y a Robert Muchembled: *Culture populaire et culture des élites dans la France moderne, XVe-XVIIIe siècles: essai*, Flammarion, París, 1978. Tomado de *Journal of Interdisciplinary History*, XI (1), verano de 1980, pp. 97-103. Traducción de Isabel Quiñónez.

El estudio de la cultura popular se halla entre los esfuerzos más interdisciplinarios; es un campo historiográfico tan nuevo que los historiadores todavía están decidiendo qué es lo que quieren significar con él y cómo puede usarse. Importa por eso la aparición de dos estudios generales que quieren decir el lugar del fenómeno en el contexto más amplio de la historia europea en su modernidad temprana. Burke ha escrito una panorámica de la materia, abarca toda Europa. Muchembled ha cubierto el mismo campo “desde adentro”; escribe sobre la cultura popular francesa partiendo de posición ventajosa: la de sus investigaciones sobre brujería y criminalidad en el norte de Francia. Leídos a la par, estos dos libros realzan uno las flaquezas del otro, al tiempo que sugieren aproximaciones para una síntesis significativa.

Al decir “cultura popular” los estudiosos de la modernidad temprana proponen comúnmente algo fundamental. El argumento implícito es: ya que la mayoría de la población estaba aún aislada y era semi-autónoma, sus costumbres y creencias antiguas pueden mirarse como un profundo depósito de tradiciones agitado por remolinos de la diminuta minoría letrada sólo a intervalos, en superficie. Se ha trabajado mucho sobre aspectos de esta cultura tradicional —mitos populares, rituales, artesanías, lenguajes, canciones, crímenes, juegos y sociabilidad— sin embargo los troci-